

OBRAS COMPLETAS DE DON MIGUEL ANTONIO CARO

III

El célebre padre Cahour dice que Víctor Hugo, como discípulo de Chateaubriand y compañero de armas de Lamartine, siguiendo la bandera de Cristo, pedía inspiración al Espíritu Santo en una poesía dirigida al autor de las *Meditaciones* con este epígrafe *et cepit loqui prout Spiritus Sanctus dabat eloqui*, palabras que señalan bien la filiación cristiana del inmortal cantor de *Moisés salvado de las aguas* una de las más frescas y puras inspiraciones de su musa.

El señor Caro continúa haciendo citas de autores notables como Gustavo Planché para sacar verdadero el juicio de que se enlazan tan estrechamente la oración y el canto, como la religión y la poesía, y agrega:

«En suma, Víctor Hugo ha sido gran poeta cuando ha pedido inspiración al cristianismo; cuando ha dejado ese campo, haciendo àlarde de escéptico, ha caído en la puerilidad o en el delirio. En él hay dos hombres, enteramente y a todas luces distintos: el poeta de corazón cristiano y generoso, que conversa con los niños y las vírgenes, y el tribuno revolucionario, que adula a la plebe comunista. ¿Quién no ha reparado en esa misteriosa cualidad? Quien quiera ver culminante la poesía de Víctor Hugo, vuelva a leer la estrofa ya citada de la *Oración por todos*:

Cuando por mí se eleva a Dios tu ruego,
Soy como el fatigado peregrino
Que su carga a la orilla del camino
Deposita y se sienta a descansar,
Porque de tu oración el dulce canto

El peso alivia a mi existencia amarga,
Y quita de mis hombros esta carga
Que me agovia de culpa y de pesar.

Traducción de Bello (1).

el que quiera satisfacer la triste curiosidad de contemplar esa poesía mancillada y degradada, y tan diversa de sí misma cuanto dista una prostituta de una matrona, lea sus sátiras contra Monseñor Segur...»

El señor Caro cierra esta parte de su estudio con un gran pensamiento del doctor Newman sobre las condiciones características de la poesía: «La poesía es la originalidad ejercitándose en la esfera de la belleza; la originalidad de la gracia, de la pureza, del refinamiento y de los buenos sentimientos.» No vacilamos en afirmar que en último resultado, la poesía se apoya en sentimientos morales bien ordenados... Nada hay tan poético como la religión revelada.

Como se ve en esa abundancia de ideas, de argumentos, y de citas del señor Caro como crítico y como polemista, que no pierden su importancia y su novedad con el curso de los años, es imposible seguirle en todo el desarrollo de sus principios y razonamientos y aun es difícil dar en un resumen idea completa del conjunto de sus doctrinas. El no se limita a expresar sus ideas; él va sugiriéndole al lector muchas más con simples alusiones y proposiciones incidentales, porque una de las maneras más originales del señor Caro de hacer sensible su crítica o sus censuras es por medio de disimuladas alusiones y en paréntesis, de lo cual citaremos solamente unas pocas muestras que darán idea de nuestra observación:

«Pero así extravía la pasión, que el crítico llama *fanatismo* en Tejera el sentimiento religioso que él mismo se ufana en describir como un fenómeno de su

(1) El Padre Cahour anota a esta poesía francesa defectos que el señor Bello salvó en su célebre traducción.

propia conciencia; y se ríe, *aunque con abertura de boca no poco forzada*, de algunas frases de Tejera bañadas en aromas de piedad. Ya las juzga propias de Tomás de Kempis, *con lo cual, sin quererlo, hace del autor de los «Perfiles» el más alto elogio imaginable*; ya le parecen tomadas de la *Monarquía Indiana* de Torquemada, cita asociada (pues de otro modo no se explica) a la acusación de «torquemadismo», *sin que importe al caso que fray Juan de Torquemada, compilador de la «Monarquía Indiana», y a quien muchos apellidaron Tito Livio de la Nueva España, nada tenga que ver con el inquisidor fray Tomás de Torquemada*. Cita es, la que se hace de este apellido, harto fósil y de pésimo gusto, pero en cambio, conocido toque de clarín para que entren en formación los descreídos de toda ralea, entre los cuales el crítico va también a reclutar adeptos, como si no hubiese quedado contento con esparcir la alarma del patriotismo ofendido, entre los personajes bosquejados por Tejera, y en general, entre todos los hijos de Venezuela. Diríase que necesita el crítico de un inmenso ejército de todas armas para atacar algún gigante descomunal.»

La locución de reírse el censor de algunas frases de Tejera bañado en aroma de piedad con «abertura de boca no poco forzada»; de tratar de burlarse del autor de los *Perfiles* con atribuirle frases propias de Tomás de Kempis, «con lo cual, sin quererlo, hace de aquél el más alto elogio imaginable»; lo de enrostrarle el señor Caro al crítico, como quien no quiere la cosa, su ignorancia al confundir a fray Juan de Torquemada, compilador de la *Monarquía Indiana*, apellidado el Tito Livio de la Nueva España, con fray Tomás de Torquemada, el inquisidor, y esto en boca de los que viven acusando de «torquemadismo», cita fósil y de pésimo gusto, a todos los que no piensan como ellos, aunque sean los más benévolos, son de una espiritualidad y si se quiere originalidad admirables. El párrafo copiado está todo lleno de ironía y de gracia, que revela no

sólo la burla del sabio de la ignorancia de los que viven citando lo que leen en otros sin compulsarlo ni entenderlo, sino la ironía del que con una ligera sonrisa o alusión muestra toda la ignorancia de su competidor.

Dice en otra parte Caro, al hacer una transcripción que ya pusimos de presente al lector: «Entre tanto, para terminar este articulillo, transcribimos lo que piensa Ma-caulay (*autoridad que no debe ser sospechosa de camandulismo ni connivencia con beatos*) sobre el fanatismo, no el imaginado por el paladín que trueca las nubes de polvo en ejércitos de encantadores, sino el fanatismo verdadero, y en especial el «fanatismo católico» en los tiempos de verdaderos Torquemadas. Como se ve, cada paréntesis es una especie de puntos de fuego colocados en la epidermis del contrario.

Al citar a Pasteur dice el señor Caro: «La idea del infinito, observa Pasteur, sistemáticamente excluida por el positivismo, es estímulo latente y poderoso de toda investigación. (Al pie de este párrafo pone una nota con palabras del mismo censor de Tejera como en forma de protesta contra el epíteto de «ateo» dado por el gran Pasteur a los positivistas: «Principiamos por protestar contra la aplicación de la palabra «ateo» a algunos escritores que son apenas libres pensadores, racionalistas o positivistas»). Muchísimas otras citas podríamos hacer para explicar la razón de un eximio amigo de don Miguel Antonio Caro y distinguido orador, cuando le decía, después de leer uno de esos admirables artículos del ilustre polemista: «Señor Caro, voy a pedirle un favor: si alguna vez llega a escribir contra mí, prescinda de los paréntesis y de las notas.»

Y no faltará alguno que pregunte: ¿quién fue ese airado censor de Tejera que tantos calificativos apasionados acumuló contra el inofensivo autor de los *Perfiles venezolanos* y a quien el señor Caro se vio en la necesidad

de confundir por la injusticia de sus ataques? Pues fue nada menos que el famoso traductor de *El Cuervo*, el que al leer en uno de los perfiles que le dedicó Tejera que él debía imputar a pérdida las nuevas ideas que le habían contagiado, lleno de ira, de soberbia y de cólera lo apellidó de «fanático,» de «torquemadista» y de «camandulero.» Era evidente que entre el joven poeta que escribió la tierna y delicada poesía que terminaba con los cristianos y simpáticos versos:

No hay más que Dios en el Cielo
y amor de madre en la tierra,

y el que algunos años más tarde expresaba sus sentimientos poéticos en un romance intitulado *Por siempre jamás* que principia:

«Traedme una caja
De negro nogal»

y que pide que pongan en ella de un lado sus sueños de amor, de otro sus ansias de gloria, que bajo la almohada coloquen su hermoso ideal, y luégo traigan la tapa, y la claven, y la claven, y la claven, con fuerza tenaz....; quiere que luégo hagan un hoyo muy hondo, que allí lo arrojen, que echen tierra encima, y no dejen señal ninguna, y se marchen;

«Y luégo olvidadme
Por siempre jamás.»

Entre uno y otro, repetimos, entre el creyente y el escéptico, había una gran diferencia como la que hay entre una aurora hermosa y una noche oscura.

Desgraciadamente el cerebro de Pérez Bonalde se oscureció completamente, mostrando así que la irritabilidad y la cólera inexplicables son siempre signo y precursoras de la insania.

JUAN A. ZULETA